



Es toda una pedagogía la que va siguiendo la liturgia de este tiempo pascual. Su finalidad es revelarnos, poco a poco, el misterio de Jesús, para que lo incorporemos a nuestra vida y nos vaya guiando en los quehaceres cotidianos.

El Evangelio de hoy nos sitúa en el cenáculo, cuando la noche parece avanzar y el corazón de los discípulos se estrecha. En ese clima de fragilidad, Jesús pronuncia palabras que no explican la vida: **la abren**. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.” No es un concepto; es una presencia que se ofrece a todos los que quieran escucharla con sinceridad de corazón.

1. El Camino que se abre en la noche

Jesús hace esta afirmación, no señala una ruta exterior: **Él mismo es el Camino**. Orígenes decía que Cristo es “el Camino que conduce al Padre porque es la Verdad y la Vida”. No se trata de avanzar por nuestros méritos, sino de **entrar en su Pascua**, en su modo de amar y entregarse.

Cuando el corazón se siente sin salida, Cristo repite: “No se turbe vuestro corazón.” El sendero es Él, y por eso nunca se cierra. San Bernardo lo expresaba con esa sobriedad luminosa que lo caracteriza: “El que te invita al camino te da también la fuerza para recorrerlo.”

2. La Verdad que no se imponen, sino que se transparenta

La Verdad no es una idea que se defiende, sino una **claridad que se recibe**. En Jesús, todo es transparencia del Padre. San Agustín lo resumía así: “La Verdad es una persona que te encuentra.”

La celebración nos educa en ella por medio de signos: la Palabra proclamada, el pan partido, la comunidad reunida. Es la pedagogía de la fe. En cada gesto, Cristo nos dice: “Quien me ve a mí, ve al Padre.” Edith Stein, contemplando esta transparencia, escribió: “La verdad no se aprende: se deja entrar.” Y eso es exactamente lo que hace la celebración: abrirnos a la Verdad que viene llamando a nuestro interior.



3. La Vida que brota del Resucitado

Jesús es la Vida porque en Él la humanidad ha sido penetrada por el Espíritu. Su Vida es plenitud, fecundidad, comunión. Columba Marmion, abad benedictino y maestro de la filiación divina, decía que la vida cristiana consiste en “dejar que la vida del Hijo se despliegue en nosotros”. No

es una vida añadida a la nuestra, sino la **misma Vida del Resucitado** injertada en nuestro ser. Por eso la Eucaristía no es sólo alimento: es **participación en la Vida del Hijo**.

4. La casa del Padre: un lugar para cada uno

En el corazón del Evangelio resuena una promesa que sana toda orfandad: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas.” No es un espacio físico, sino un **lugar en el amor**, preparado, pensado, esperado.

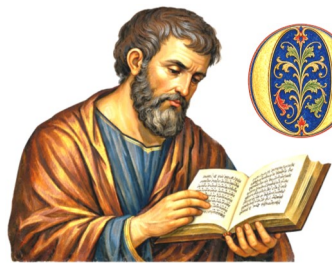
San Agustín intuía esta morada como el descanso del corazón cuando decía: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.” La Pascua nos revela, por tanto, que el destino del ser humano no es la intemperie, sino la **hospitalidad eterna del Padre**.

5. Contemplar para caminar

Este Evangelio no se entiende desde fuera; se comprende **recorriéndolo**. La liturgia nos introduce en él como quien entra en un templo: escuchando, acogiendo, dejándose transformar.

En la Eucaristía, el Camino se hace pan, la Verdad se hace palabra pronunciada, la Vida se hace cáliz ofrecido. Y el discípulo aprende a vivir desde Cristo, a mirar desde Cristo, a amar desde Cristo.





Omnipotens sempiterne Deus, semper in nobis paschale perfice sacramentum, ut, quos sacro baptis-
mate dignatus es renovare, sub tuae

protectionis auxilio multos fructus afferant, et ad aeternae vitae gaudia pervenire concedas.

Traducción oficiosa

Dios omnipotente y eterno, lleva siempre a su plenitud en nosotros el sacramento pascual, para que quienes has dignado renovar con el santo bautismo, bajo el auxilio de tu protección, den abundantes frutos y alcancen los gozos de la vida eterna.

Traducción oficial

Dios todopoderoso y eterno, lleva a su pleno cumplimiento en nosotros el Misterio pascual, para que, quienes, por tu bondad, han sido renovados en el santo bautismo, den frutos abundantes con tu ayuda y protección y lleguen a los gozos de la vida eterna.



La oración colecta de este domingo nos hace pedir algo muy sencillo y, al mismo tiempo, decisivo para nuestra vida cristiana: **que Dios lleve a su plenitud en nosotros el sacramento pascual**. Esta es la súplica central, la que sostiene todo lo demás.

El texto latino habla de *paschale sacramentum*, “sacramento pascual”, mientras que la traducción oficial del Misal dice *Misterio pascual*. ¿Hay diferencia? Sí, pero es muy fácil de entender: **el misterio pascual** es lo que Jesús hizo —su muerte y resurrección—; **el sacramento pascual** es cómo nosotros lo celebramos en la liturgia, especialmente en el Bautismo y la Eucaristía. El misterio es la obra de Cristo; el sacramento es su actualización

en nosotros.

Por eso, cuando la Iglesia pide que Dios “*perfecione en nosotros el sacramento pascual*”, está diciendo algo muy concreto: **que lo que celebramos no se quede solo en un rito, sino que Dios mismo lo haga crecer**. La Iglesia pone la celebración; Él, por medio del Espíritu, la transforma llenándola de contenido. Nosotros recibimos la obra del Señor en la liturgia sacramental; Él la convierte en vida nueva. Es pedir que la obra de su Hijo no quede en un mero rito, sino que siga actuando en nuestra vida, hasta alcanzar “*los gozos de la vida eterna*”, es decir: vivir con Cristo, como Cristo y en Cristo por “*años que se prolongan sin término*”. Es lo que pide san Benito como una obra buena: “*desear la vida eterna*” cfr RB 4,46.

La palabra clave de la colecta es un imperativo latino: *perfice* que significa: “*lléva a su perfección*”, “*completa*”. Es como si la Iglesia dijera: “*Señor, no des por terminada tu obra en nosotros. Sigue actuando. No dejes a medias lo que comenzaste.*” Y esto es hermoso, porque nos recuerda algo esencial: **el protagonista de la vida cristiana no es el “yo”, sino Dios**. Pedimos, en definitiva, que Él complete en nosotros lo que inició el día de nuestro Bautismo: **la filiación divina**.

Pero hay algo importante: **para que Dios complete lo que celebramos, ésta ha de ser verdadera**, hecha como la Iglesia nos pide: con fe, con obediencia, con humildad, con el corazón abierto, con la belleza y la sobriedad que la liturgia exige. Dios perfecciona lo que nosotros presentamos; pero lo que ofrecemos debe ser auténtico, no improvisado, no inventado, no reducido a gustos personales. La liturgia es el lugar donde Dios actúa, y por eso la realizamos como la Iglesia nos enseña, para que Él “*la lleve a su pleno cumplimiento*”.

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



V DOMINGO DE PASCUA A

“YO SOY EL CAMINO,
Y LA VERDAD,
Y LA VIDA.
NADIE VA AL PADRE
SINO POR MÍ”
(JN 14, 6)

